

A PROPÓSITO DE LA *EVANGELICA TESTIFICATIO*

Ya todos conocemos la inesperada, pero íntimamente deseada, exhortación apostólica que el Santo Padre hizo llegar a todos los religiosos, el 29 de junio próximo pasado.

A pesar de la premura del tiempo, *Cuadernos Monásticos* no quiso dejar salir este número sin expresar de algún modo su acción de gracias gozosa por esta verdadera “palabra de Dios”

En su enseñanza exigente hay una verdadera radicalización de la vida religiosa. Desde el principio, la finalidad del documento se manifiesta con nitidez:

- “dar una respuesta a la inquietud, a la incertidumbre y a la inestabilidad que se manifiesta en algunos
- y alentar igualmente a aquellos que buscan la verdadera renovación de la vida religiosa”.

Planteada la diversidad de realidades sería previsible la disparidad de reacciones.

Sin embargo, sentimos imperiosamente llegado, el momento en que se impone una acogida hecha con absoluta pureza de intención, con libertad de espíritu, excluido definitivamente toda clase de prejuicio y espíritu sectario. Es urgente que busquemos apasionadamente la Verdad, Una y Universal. Toda lectura partidaria que fuera hecha buscando “la línea” o “tendencia” del documento lo haría absolutamente estéril en un corazón que reconoceríamos bloqueado por los abrojos de los campos y las piedras del camino. Sería inoperante un estudio del mismo que buscara sólo aquellas líneas o frases que confirmaran “mi pequeña verdad particular”, “mi pobre intuición”. Al contrario, el que ya posee esa porción de la Verdad, debe buscar aquel otro punto de vista que aún no vislumbró y que contribuiría a la amplitud de su mirada. El religioso que ya ha experimentado el fruto de una observancia regular en una mayor plenitud espiritual (n. 36), busque ahora “seguir con ojos bien abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas (n. 52). Por el contrario, aquel que ha sorprendido en sí “una mentalidad demasiado preocupada por conformarse precipitadamente a las profundas transformaciones de nuestro tiempo” (n. 2), busque ahora el fortalecimiento del hombre interior con la regularidad de costumbres imprescindible para la vida en comunidad y la maduración de las personas (cf. n. 32).

Y ello dejando que “el Señor nos dé el conocimiento de sí mismo en el fuego del amor” (n. 43). Dejando que “su acción soberana nos transforme en Él” (n. 8). Viviendo lo absoluto de nuestra definitiva y totalizadora entrega por los votos. Siendo:

- *castos*, en medio del “erotismo devastador” (n. 13)
- *pobres*, cuando aumenta “la seductora seguridad del poseer, del saber y del poder” (n. 19)
- *obedientes*, cuando aparece como irresistible la tentación de que la conciencia sea por sí sola el árbitro del valor moral de las acciones que inspira (cf. n. 28).

Permaneciendo constantes y ardientes en la fidelidad: a la oración, para gustar el conocimiento íntimo del Señor (n. 43); al silencio de todo el ser, exigencia del amor divino (n. 46); a la vida litúrgica y eucarística, “fuentes primarias de la renovación” (n. 47).

Todo ello sabiendo que “el carisma de la vida religiosa lejos de ser un impulso nacido de ‘la carne y de la sangre’... es el fruto del Espíritu Santo...” (n. 11) y que constantemente “se impone la necesidad tanto para las comunidades como para las personas de pasar del estado psíquico a un estado verdaderamente espiritual” (n. 38). Lo cual supone la total coherencia entre lo profesado y lo vivido, de modo que la renovación de las formas accidentales no suponga la desaparición de las formas estables (cf. n. 51); que las diversas adaptaciones no conduzcan a “la secularización con detrimento de la vida religiosa” (n. 20) si es que no queremos convertirnos en una sal que para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada por las gentes.

El acento de todo el documento es apremiante:

“Ha llegado el momento de esperar con la máxima seriedad, una rectificación de vuestras conciencias, si fuera necesario, y también una revisión de toda vuestra vida para una mayor fidelidad” (n. 53).

Esto nos significa la urgencia de esta hora. No bastaría la llamada “renovación interior” sin manifestaciones externas, diríamos, sin una dimensión epifánica. “El que me ama cumple mi Palabra”. Tampoco es suficiente la así dicha “reforma de estructuras” que amenaza con sepultar un mundo bajo sus propios escombros. Lo absolutamente necesario es la presencia de santos, hombres hambrientos de la santidad de Dios, que vivan la auténtica vida nueva y el verdadero, fuerte, suave y armonizante impulso del Espíritu que convierte el caos en un cosmos; que hace proclamar en distintas lenguas, sí, pero las *mismas* maravillas de Dios.

Por lo tanto deseábamos decir: basta ya de *multiplicar* reuniones, intercambios, contactos, etc., etc., etc. “Dios creó recto al hombre y éste se enredó en infinitas cuestiones” (*Qo 7,29*).

Es ya la hora de VIVIR el precioso don del Padre, sin discordia ni división, no sea que exponamos las expresiones de Su amor a “las contradicciones de la razón humana” (n. 15).

En un mundo que se debate en la crisis; “que tiende a desterrar al hombre de sí mismo y a comprar meter a la vez que su unidad espiritual, su unión con Dios” (n. 33), convirtamos el corazón a la alegría inalterable que sólo Jesús puede dar (n. 56).

Hagámoslo con total valentía y veracidad, compartiendo, al máximo y según la peculiar vocación, “los gozos y esperanzas, las angustias y tristezas de los hombres de nuestro tiempo” pero recordando que lo hacemos como discípulos de Cristo y que siempre, indefectiblemente siempre, el fiel y veraz vestirá un manto empapado en la sangre del Cordero.

Sólo entonces no defraudaremos a los hombres que “han perdido el sentido de su propia vida y están ansiosamente en busca de las dimensiones contemplativas de su ser” (n. 45); que aspiran a “una vida fraterna a nivel de las personas y de las naciones” (n. 52). Demos a estos hombres el testimonio de *ese hombre* al que la adhesión al Dios viviente ha realmente *unificado y abierto* por medio de la integración de todas sus facultades, la purificación de sus pensamientos, la espiritualización de sus sentidos, la profundidad y la perseverancia de su vida en Dios (cf n 34).

Y sólo entonces seremos alegría para él Corazón del Padre que -reconociendo la imagen del Hijo Único- podrá decir inclinado sobre nosotros: “este es mi hijo amado”.

Que el Espíritu de Verdad y Fortaleza haga de esta Palabra de la Esposa que es la *Evangelica Testificatio*, el criterio de unidad y vínculo de amor en el seno de nuestras comunidades.

Que María nos alcance aquel amor maternal con qué cooperar a la re-generación de todos los hombres en el Espíritu; así será, en la medida en que nos dejemos arrastrar por “algo del peso que atraía al Señor hacia Su Cruz”.

Abadía de Santa Escolástica - Bs. As.